

DOS CABALLEROS MELITENSES EN DOS ASEDIOS:

PEDRO Y MELCHOR DE MONTSERRAT

José CERVERA PERY
General auditor
del Cuerpo Jurídico Militar

En el año de 1994, en ocasión de celebrarse el Primer Seminario sobre la Orden de Malta, la Mar y la Armada, tuve el honor de ser designado para pronunciar la Conferencia inaugural cuyo tema fue: "La orden de Malta y la Armada: una vinculación histórica". En ella expuse a rasgo generales, como no puede encontrarse ninguna acción emprendida contra los infieles musulmanes por armas españolas en las que no estén presentes los caballeros sanjuanistas, con sus galeras, sus vistosos estandartes y sus nutridos escuadrones de caballeros y soldados.

La España recién hecha tras la toma de Granada, tiene ya magnitud y rango de potencia naval, y la impulsión atlántica tras los descubrimientos y los asentamientos, es principal centro de atención del despliegue hispano; pero al Mediterráneo habrá de exigirle también una atención constante y mantenida ante la acechanza turca, más peligrosa sobre todo tras la toma de Constantinopla y la piratería berberisca que en lograda conexión otomana era más que una amenaza sobre los caballeros cristianos de la Europa mediterránea.

Durante el siglo XVI, y concretamente bajo los reinados de Carlos I y Felipe II, brilló la Orden de los Caballeros Hospitalarios de San Juan, después Orden de Malta, con extraordinario esplendor, viendo reiteradamente atacados sus baluartes por el poder turco cuyos poderosos efectivos se estrellaban impotentes frente a sus muros. Pero el marco de colaboración de la Orden de San Juan en las acciones navales hispanas mantiene una constante de continuidad. No es, sin embargo, el tema que hoy me ocupa la revisión histórica de la participación de la Orden de Malta, una vez establecidos en dicha isla por la real voluntad de Carlos V, que fue su principal valedor tras la expulsión de los caballeros hospitalarios de Rodas, y donde los vemos en 1532 en la empresa de Coron, en 1535 en la conquista de Túnez y la Goleta, en 1541 en la desdichada expedición a Argel, en 1550 en la conquista de la Medehia, y en 1563 y 1564 en las expediciones al Peñón de La Gomera, para sufrir en 1565, el gran asedio o sitio de Malta, en el que uno de los caballeros melitenses, de nuestra convocatoria, don Melchor de Montserrat ha-

llaría gloriosa muerte como defensor del castillo de San Telmo, cuyas trágicas circunstancias serán expuestas oportunamente. El otro protagonista, su hermano don Pedro, caballero de la Orden y comendador de Ambel, participó en el sitio de Rodas en 1532, en el que fue herido de gravedad, y tuvo más tarde destacadísima actuación en las actividades hospitalarias hasta el extremo de que dentro de la Orden fue embajador ante Carlos V, ante el Papa Paulo IV, la reina Doña María de Inglaterra y Felipe II, quien satisfecho de sus servicios lo nombra virrey, lugarteniente y capitán general del Reino de Cerdeña, de cuyo cargo no pudo posesionarse por sorprenderle la muerte en Bruselas en 1556.

Son, por tanto, dos fechas distanciadas entre sí; 1522-1523 en las que transcurre el sitio y expulsión de Rodas de los caballeros sanjuanistas, y en que se halla presente frey Pedro de Montserrat, y la de 1565 en que se produce uno de los hechos de mayor trascendencia historia en los anales de la Orden con el sitio de Malta; y aquí nuestro héroe es frey Melchor de Montserrat, el hermano menor de don Pedro. Son por tanto dos caballeros melitenses en dos asedios, como reza el título de la conferencia.

Don Pedro de Montserrat y Berga era natural de la villa de Canet, Maestrazgo de Montesa en el Reino de Valencia, siendo el tercer hijo de don Pedro Montserrat Sebastián, y de doña Sibila Berga y Cervera, vecina de Canet Lo Roig, casados con dispensa de afinidad hacia 1495.

Doña Sibila según la tradición fue una gran señora de señaladas virtudes a la que el pueblo llamó "la santa", mientras que don Pedro (padre) era tenido por un caballero principal de enérgico carácter y mediana hacienda.

De la infancia de frey Pedro de Montserrat y Berga se conoce poco, pero en 1506 don Francisco Montserrat Vives, baylío de Caspe, escribió desde Rodas con gran interés a don Pedro Montserrat y servía con su primo hermano, para que le enviase a su sobrino Pedro y tomase el hábito de la Orden cuya bula fue obtenida en 1510, posible fecha del cruzamiento del interfecto, que ya en ese tiempo debía haberse trasladado a Rodas; y así el 1 de octubre de 1518 don Pedro escribía a su tío don Francisco en Caspe, refiriéndose a la concesión de actividad para la castellanía de Amposta.

También otro caballero de la Orden, frey Pablo de Santa Pau de Zaragoza escribía en 1517 a don Pedro Montserrat y Sebastián, asegurándole que su hijo habría de ser un grande hombre. Y efectivamente que lo fue, porque vuelto de Rodas, curado milagrosamente de una herida de arma blanca, y desahuciado por los médicos, desempeñó los cargos de Gran Conservador de la Religión del Señor, Comendador de Ambel, presidente de la Asamblea de la castellanía de Amposta y Recibidor del Común Tesoro, y años más tarde uno de los conservadores o jueces de dicha castellanía creada por la bula de Paulo III "Ad Romani Pontifice Autoritatem" dada en 20 de junio de 1542. Bienhechor destacado de la

villa de Ambel, durante los muchos años que poseyó la encomienda, levantó a sus expensas la capilla del Santo Cristo y de las Reliquias, en la cual fundó el hospital. A él se deben también varias de las reliquias que se veneran en la iglesia ambeliana; la del "Lignum Domin", la de San Sebastián, San Bartolomé, Santa Sofía y otras. Dichas reliquias las consiguió de los sanjuanistas de Caspe, del convento cisterciense de Rueda, del palacio de los condes de Ribagorza y de los duques de Villahermosa, don Martín de Aragón y doña Luisa de Borja, hermana ésta de San Francisco de Borja, conocida como la santa duquesa. Como se ve don Pedro era hombre emprendedor y buen "gestor" como se diría en el lenguaje de hoy, por la consecución de tan preciados objetos.

Fijado el personaje, de tan sugestivos condicionantes, veamos ahora el escenario al que se circunscriben sus actividades bélicas, en los inestables años en que la Orden de San Juan de Jerusalén, tiene que hacer frente a la amenaza turca. La isla de Rodas cuya posesión geoestratégica es notoria, está situada muy cerca de las costas de Asia Menor y ha sido desde la antigüedad una de las llaves del Mediterráneo oriental.

Con una extensión de 1.389 kilómetros cuadrados, es la mayor isla del archipiélago del Dodecaneso, enclavada en el extremo más oriental del mar Egeo y separada de Turquía por el estrecho de Mármara. Su historia comienza con la ocupación de la isla por los mismos pueblos dorios que previamente habían conquistado la Grecia continental. Aliada de Atenas primero y de Esparta después, al comienzo del siglo IV antes de Cristo, sus habitantes levantaron la estatua del coloso que fue considerada como una de las siete maravillas del mundo por los antiguos, pero en el año 227 de la misma era la ciudad fue destruida por un maremoto.

Aliada a Roma, Rodas apoyó a Pompeyo y sufrió un asalto en el año 43 antes de C., tras el que perdió su antigua importancia comercial. Integrada en el imperio bizantino, cayó dos veces en poder de los árabes por breve tiempo. Más tarde entró en la órbita de Venecia, hasta que en 1309 se apoderaron de ella los caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalén, que la convirtieron en una fortaleza frente a los turcos que la hicieron objeto de violentos y repetidos ataques. Precisamente a partir de su establecimiento en Rodas, la Orden por derecho de conquista, adquirió el carácter de soberana, fue reconocida por el Papa y todos los príncipes de la cristiandad.

Los caballeros hospitalarios soportaron, con heroica entereza cuatro angustiosos asedios turcos en 1440, 1444, 1469 y 1480, y en todos supieron salir a flote. Pero el quinto, iniciado en 1522, y en el que estuvo presente frey Pedro de Montserrat, resultó fatal para los caballeros. Tras seis meses de heroica resistencia, los supervivientes del asedio evacuaron la isla con honores de guerra, sin entregar ni sus armas ni sus banderas. Pero Rodas se había perdido para siempre.

Un asedio por mar comporta la presencia de buques tanto por parte de los asediados, como de los defensores de la ciudad sitiada. La Orden de San Juan no era aún la potencia naval que llegaría a ser más tarde, pero con el Gran Maestre Gozon en las campañas navales se contabilizaron 118 buques turcos apresados y cinco mil esclavos. La importancia de estas cifras es evidente, porque la flota sanjuanista por carecer de soporte demográfico proporcionado a su poder naval, necesitaba apremiantemente disponer de personal que impulsara los remos de sus galeras y que constituyendo una reserva de mano de obra hiciera posible nuevos armamentos. De ese modo los rendimientos eran mejores y la pericia náutica junto al valor y bizarría hacían lo demás. Así, la numerosa escuadra armada esta vez por el sultán de Egipto, que atacó Rodas en 1440 fue puesta en fuga por la flota de la Religión, muy inferior en número, y aunque en 1479 y 1480, emprendió Muhammad nuevos y furiosos ataques contra la isla, fracasó contundente. Rodas parecía inexpugnable.

La flota de la Orden no se limitaba al servicio logístico, y las tripulaciones de a bordo constituían excelentes contingentes para la defensa del puerto fortificado. Bajo el mando del ilustre Gran Maestre Pedro de Zubisson que primero había sido capitán de galeras, por lo que conocía bien la aguja de marear, los sanjuanistas acertaron a romper el gran asedio turco, como se ha dicho, repetidas veces, antes de 1522, llegando al máximo de la importancia política y militar de Rodas que seguía constituyendo el baluarte avanzando de la civilización cristiana europea.

Pero la suerte parecía echada. Después de haber conquistado Egipto, y en 1521 la importante fortaleza cristiana de Belgrado, Solimán el Magnífico aspiraba a desembarazarse del gran bloque estratégico formado por los estados insulares de los caballeros sanjuanistas, situados entre los importantes puertos musulmanes de Alejandría y Constantinopla. Pero antes de romper abiertamente con los caballeros de la Orden, en la que acababa de ser elegido como Gran Maestre el francés, Felipe Villiers de L'Isle-Adam, Solimán le envió una carta, en la que además de felicitarlo por el nombramiento, le participaba sus victorias sobre el rey de Hungría, y con protestas de sincera amistad, le proponía nada menos que una alianza, como la que mantenía con el "cristianísimo" Francisco I de Francia. Villiers, que no casaba con las componendas de su paisano Rey, contestó al turco en términos arrogantes, poniéndole de manifiesto la contradicción entre sus ofrecimientos amistosos y los actos de piratería a los que se dedicaban sus vasallos. La carta del Gran Maestre irritó a Solimán, que ya no se anduvo con artimañas y se preparó concienzudamente para el ataque.

Intentaron los turcos dar la batalla por mar, entendiendo que una victoria naval les haría en poco tiempo dueños de la isla y mandaron como vanguardia una flota de veinte galeones bien armados mientras que el resto de la armada

permanecía distante y a la expectativa. Pero los caballeros no caían en la provocación dispuestos a aceptar combate donde más conviniese, y mientras tanto fortificaban más los puntos clave de la isla.

Pero el 26 de junio de 1522, los serviolas o atalayas del monte San Esteban anunciaron que estaba a la vista una poderosa flota turca, compuesta de más de cuatrocientas velas, entre galeazas, naos grandes, galeones de larga eslora y ligero andar, galeras más pesadas, fustas, bergantines y otras naves de diversos tipos y aparejos. Todo un muestrario de poderío naval, que fructificó en una extraordinaria operación anfibia, cuyo éxito obligó a los defensores de la isla a adoptar todos los dispositivos de una tenaz y mantenida resistencia, repartiéndose la defensa de la plaza entre las diversas Lenguas que integraban la Orden. Los caballeros franceses tenían a su cargo el trozo de muralla desde la torre llamada de Francia hasta la puerta D'Aubisson en homenaje al famoso Gran Maestre del apellido. La llamada puerta de San Jorge estaba a cargo de los caballeros alemanes. Una tercera zona estaba defendida por los caballeros de la Lengua del Auverne, y seguían a éstos los españoles, entre los que figuraba como "persona de mérito y riesgo" Pedro de Montserrat. Precisamente el flanco defendido por los españoles era el de más peligro por ser el foso muy bajo y angosto. La quinta zona estaba reservada a la lengua inglesa que merecía el honor de tener por capitán al mismo Gran Maestre. Venían luego los caballeros provenzales y la última posición era de los italianos, aunque en el decir de un cronista de la época "todos rivalizaban en ánimo y esfuerzo en la pelea y en derramar generosamente su sangre en defensa de la Religión".

El 29 de agosto llegó Solimán para imprimir mayor actividad e ímpetu a las operaciones del sitio, por lo que enardecidos, los atacantes batieron duramente la torre de San Nicolás, logrando abrir en ella una brecha, aunque tal fue el ardor de sus defensores que tuvieron que desistir de su empeño de tomarla. Se peleaba sin cuartel sabedores unos y otros de lo mucho que había en juego.

Habiéndole sido adversa la fortuna a los turcos los combates parciales, aunque habían conseguido romper varios flancos de la resistencia, pasaron al asalto general ansiosos de coronar su esfuerzo con una victoria definitiva que devolviera el prestigio a sus armas. Cavaban minas que llenaban de barriles de pólvora pronta a explotar y no hurtaban los lances cuerpo a cuerpo de los que no siempre salían bien parados, y al amanecer del 24 de septiembre acometieron la ciudad por cinco partes, pero ya los defensores estaban repartidos por las torres y muros y mentalizados para resistir en todos los puntos atacados que fueron los baluartes de las distintas Lenguas. Cayó el baluarte de España, que era el más débil, y fue reconquistado a sangre y fuego, pero llegó el invierno y contribuyó a disminuir la actividad de los sitiadores, fatigados del continuo trabajo y de las inclemencias del tiempo. No obstante, el 30 de noviembre, día de San Andrés, volvieron al

ataque con mayor encono, y el baluarte de España fue particularmente atacado con fuerzas considerables saltando impetuosamente los mahometanos por encima de las ruinas, arrollando a los cristianos, agotados de fatiga y plantando sus banderas por encima del muro. En este ataque fue gravemente herido el futuro comendador de Ambel, Pedro de Montserrat

La numantina defensa no podía prolongarse más, pero Solimán era consciente de lo mucho que le costaría apoderarse por la fuerza de las ruinas de una ciudad tan tenazmente defendida, y apeló a la astucia ofreciendo al Gran Maestre la capitulación, haciendo vida y merced de vidas y haciendas si la ciudad se rendía, mostrándose dispuesto a que la guarnición saliera con los honores de la guerra si aceptaba la rendición. La capitulación fue firmada y los caballeros de la Orden salieron con todos los honores, junto a los habitantes de la isla que quisieron seguirlos. El sultán garantizaba también el culto católico y se comprometía a facilitar naves para transportar a Candia a los que quisieran expatriarse, y el 25 de diciembre entraron los turcos en la ciudad, rompiendo puertas, sin el menor respeto a las capitulaciones, comenzando por profanar la iglesia de San Juan que convirtieron en mezquita, arrasaron los sepulcros de los grandes maestros y cometieron toda clase de saqueos y espedaciones.

Así terminó, después de seis meses de sitio, y de luchas palmo a palmo sobre el terreno, la dominación de la Orden de San Juan de Jerusalén sobre la isla de Rodas, desde que el Gran Maestre Falco de Villaret la conquistó. Ante sus muros perdió Bolikan más de sesenta mil hombres, de los doscientos mil que puso en el empeño, sin contar los que perecieron a consecuencia de las enfermedades que originaron los padecimientos de la campaña. Pérdidas grandes en hombres tuvieron también los sanjuanistas, que tan tenazmente habían combatido. Un socorro oportuno hubiera podido salvar a los sitiados, pero las querellas particulares existentes entre los soberanos de Europa impidieron que se les apoyara eficazmente.

Del sitio y pérdida de Rodas en 1522, al asedio y socorro de Malta en 1565 van treinta y tres años y es un paréntesis demasiado largo para pasarlo por alto, en nuestro encuentro ahora con el segundo de los hermanos Montserrat Berga, frey Melchor, gobernador del castillo de San Telmo héroe y mártir por las circunstancias de su muerte. Sigamos, pues, el hilo de los aconteceres. Villiers de L'Ille Adams embarcó en cincuenta bajeles los restos de su gente y cerca de cuatro mil vecinos que quisieron seguirle, llegando después de muchas penalidades a Candia, de donde pasó a Mesina y después a Roma en demanda de nueva residencia, y una embajada de la Orden vino a España para rogar a Carlos I que hiciera donación a los sanjuanistas de las islas de Malta y de Gozo, a lo que gustoso accedió el monarca, muy identificado con la Orden y en gratitud a los servicios prestados por ella en sus notables colaboraciones con las armadas de España.

Malta, la nueva y definitiva sede de los caballeros, a la que gobernaron hasta que en 1798 fueron expulsados por Napoleón, tiene una historia agitada como decisivo enclave mediterráneo. Según la leyenda, el año 60 de la era cristiana San Pablo naufragó y llegó hasta aquella costa donde inició la conversión al catolicismo de sus habitantes. Con la división del imperio romano en el 395, Malta correspondió a la región oriental dominada por Constantino. En el 870 cayó en poder de los árabes que influyeron en su idioma y cultura, pero en 1091 las huestes normandas de Roger de Sicilia ocuparon enclaves musulmanes en la isla, aunque será el emperador Federico III Hoenstaufen el que expulse definitivamente a los árabes en 1245.

Malta entrará en la órbita hispánica a finales del siglo XIV tras su conquista por los almogávares de Roger de Lauria para Pedro III de Aragón y allí permanecerán hasta 1530 en que Carlos V —como se ha dicho— hace donación de la isla a los caballeros de San Juan de Jerusalén. El emperador se aseguraba, mediante el pago simbólico de un halcón maltés cada año, el permanente servicio y cooperación de un aguerrido ejército y unas fuerzas navales que aunque reducidas en número y cortas de tonelaje, estaban bien curtidas en la lucha contra la Marina islámica y la piratería berberisca.

Rodeado de un mar enemigo y hostil, los caballeros de la Orden desde su nuevo y estratégico asentamiento, lucharan codo a codo, con los españoles en las más esenciales empresas marítimas, y así la flota de la Orden participó valerosamente en la operación anfibia imperial contra Túnez en 1535 y contra Argel en 1541. Los éxitos navales de la flota maltesa preocuparon no poco a Solimán, y comportó el aumento de la presión otomana contra Malta, mientras que sus tropas, al mando de Barbarroja, se apoderaban de Trípoli en 1551. Con ello el “Magnífico” disponía de una excelente cabeza de puente, para intentar el asalto final de la isla y expugnar de ella a los sanjuanistas, tal y como había ocurrido en Rodas.

Llegamos por tanto a los prolegómenos del “sitio de Malta” iniciado en 1565, y en la que tan destacado protagonismo va adquirir el segundo Montserrat frey Melchor, gobernador del castillo de San Telmo y hombre de confianza del Gran Maestre Juan de la Valette Parisot, que junto al virrey de Sicilia, don García de Toledo, serán los impulsores de la defensa, y del socorro que los caballeros recibieron del segundo, al frente de una poderosa flota dotada de gran potencial bélico y enviada por Felipe II.

La gloriosa resistencia de la Orden ante el asedio ha sido llamada por algún historiador “la Stalingrado del siglo XVI», porque la ofensiva otomana de las tropas de Solimán fue en toda regla y con lo más escogido de los mandos turcos y Piali Pachá, Dragut, Uluch Ali, Hassan Diali y Ali Portuo, junto al propio Barbarroja. Utilizando el factor sorpresa, por no ser tiempo habitual en que los turcos

solían reanudar sus operaciones militares, se presentaron frente a Malta con más de doscientas velas entre galeras, galeotas y mahonas, conduciendo más de 30.000 hombres, a los que se sumaron luego los 6.000 que condujeron Dragut desde Trípoli y Hassan desde Argel, con 11 galeras el primero y 23 el segundo. Piali asumió como almirante el mando de las fuerzas de mar y el general Mustafá, veterano de la campaña de Hungría el de las fuerzas de tierra. Las divergencias de criterio entre uno y otro y una vieja rivalidad patente, favorecieron los intereses cristianos, y La Valette pudo enviar mensajeros en solicitud de socorro al Papa y los principales príncipes de la Cristiandad.

Al reunirse en consejo para determinar el plan de campaña a seguir, surgieron las discrepancias entre Piali y Mustafá sobre los puntos a atacar prevaleciendo el criterio del almirante de hacerlo por el castillo de San Telmo, del que Montserrat parecía ser gobernador y, por lo que los sitiados a la vista del emplazamiento de la artillería turca, lo reforzaron con cien caballeros, varias compañías de españoles y sesenta forzados a los que el Gran Maestre dio libertad y armas exhortándoles a pelear como buenos cristianos. El ataque, efectivamente, comenzó el 24 de mayo por el sitio esperado; el fuerte de San Telmo, situado en la lengua de tierra que une los dos puertos de la isla, defendiendo sus bocas y sirviendo de avanzada a la ciudad y a su fortaleza principal, el Burgo, sostenida a su vez por otros fuertes. Los ataques duraron varios días con derroche de pólvora y sangre y bajas de ambas partes, por lo que el Gran Maestre ordenó a Montserrat que con treinta caballeros y soldados resistiera dentro del fuerte. El 9 de junio volvieron a intentar el asalto, lanzándose contra San Telmo más de cinco mil turcos, alzando escalas sobre el muro y comenzando a subir por ella sin hacer caso de la fuerte resistencia de los sitiados ni del fuego de artillería y arcabucería con que los recibían y diezaban. La escena sería merecedora de la mejor película de acción.

El 15 de junio volvieron a atacar en oleadas y nuevamente fueron rechazados por los defensores cada vez más mermados de hombres. Los arcabuceros turcos lograron subir sobre la parte batida del torreón, y allí sucumbieron en la lucha el bailío de Negroponte, el aragonés Guaras y el frey Melchor de Montserrat, y deseando vengarles, el caballero catalán, capitán Massó, arremetió contra los jenízaros y no tardó en hallar el mismo glorioso fin.

Son verdaderamente espeluznantes las páginas con las que historiadores como Balbi o Salvá nos han dejado de la definitiva toma y asalto de los ya derruidos muros del castillo o fuerte de San Telmo; muros convertidos en montones de escombros por el fuego incesante de la artillería y donde aún permanecían los pocos caballeros supervivientes. Pero aquel montón de escombros había costado a los turcos seis mil hombres, y más de treinta días de asedio en los que hicieron más de 18.000 disparos de cañón. Los otomanos, con ciega sed de venganza,

persiguieron y degollaron con salvaje crueldad a cuantos cristianos alcanzaron. Los cadáveres de los caballeros de San Juan fueron marcados con una profunda cruz en el pecho, trazada por las cimitarras turcas, y sus corazones arrancados.

Al comendador Montserrat le cortaron la cabeza y la clavaron en una pica donde permaneció expuesta varios días. Milagrosamente rescatada, hoy se conserva en la capilla de la iglesia de Ambel que su hermano frey Pedro mandó erigir. Pero el Gran Maestre La Valette no se mostró insensible ante tanta tropelía, tomando la represalia de degollar a muchos prisioneros turcos y lanzar con sus cañones sus cabezas al campo enemigo. Duras exigencias de una guerra sin cuartel ni tregua entre el infiel y la cristiandad.

Malta, no obstante la pérdida de San Telmo y otros fuertes, resistió heroicamente y obtuvo el anhelado socorro.

El 26 de agosto de 1565 una poderosa escuadra cristiana abandonaba Mesina navegando en tres agrupaciones, la de García de Toledo, virrey de Sicilia y alma de la expedición, Sancho de Leyva y Juan de Cardona con Juan Andrea Doria de reconocimiento. El 8 de setiembre, día previsto para el asalto final turco, la escuadra cristiana contorneó Malta. Sitiados y sitiadores comprendieron que el socorro venía y los primeros se sintieron a salvo. La retirada enemiga fue precipitada y en desorden, y ya el 12 de setiembre habían desaparecido del horizonte todas las velas musulmanas. Hassan se dirigió a Argel, mientras que Piali y Mustafá lo hicieron a Oriente, persiguiéndolos don García de Toledo aunque sin resultados hasta Grecia. Dragut no pudo retirarse a ninguna parte pues fue una de las muertes más significativas en el campo turco.

Las estadísticas con su frialdad rigurosa dieron la justa medida de lo que había sido el sitio que había durado cuatro meses. 60.000 cañonazos disparados; 260 caballeros de la cristiandad, muchos de ellos sanjuanistas, muertos en combate, y casi 8.000 soldados. La pérdida de los turcos no fue menor de los 30.000 hombres y entre los que se contaban también destacados jefes. Felipe II felicitó a Don García de Toledo que desde Malta había empujado el poderío de Solimán, “desde el punto de su culminación hasta el plano inclinado de su decadencia”.

Durante algún tiempo se pensó que la cabeza conservada en la iglesia de Ambel fuese la de don Pedro de Montserrat y no la de su hermano, pero en el archivo del marqués de Cruilles, se encuentra una valiosa carta del prior de Ambel frey Miguel Muñoz, párroco que fue de aquella iglesia entre los años de 1613 a 1621, en la cual manifiesta a la familia de los Montserrat que la cabeza es de don Melchor de Montserrat, caballero de la Orden de Malta y gobernador del castillo de San Telmo en dicha ciudad, en la cual murió en lucha contra los turcos en 1565. Reza así dicha carta: “Díceme Vuestra Merced en su carta que ha entendido el cuidado que yo he tenido y tengo de que esté con alguna decencia la cabeza del santo frey Melchor de Montserrat, tío de Vuestra Merced, el cual, con su

hermano frey Pedro, tengo por muy cierto fueron a gozar de Dios cuando murieron, pues el nombre que dejaron nos asegura esto; pídemelo V. M. esta cabeza; no es posible en esto poder yo corresponder a la voluntad de V. M. por dos respectos; el uno que viviendo en esta villa, mandó a edificar un santuario de muy grande y consideración a invocación del Santo Cristo, en el cual santuario hace nuestro Señor muchísimos milagros y también que este santo quiso y fue su voluntad (y aquí viene la confusión del párroco) que su cabeza fuese traída y enterrada en este santuario, desde cuyas tierras; púsela con alguna decencia más de lo que estaba, por corresponder a la obligación que a Vuestras Mercedes tengo que esta reconoceré todos los días de mi vida. Firmado frey Miguel Muñoz, Prior de Ambel. Posdata La cabeza con todo el pellejo está, y si se hubiese puesto como ahora está cuando la trajeron a Ambel, es cierto estuviera de la manera que estaba el día que la cortaron, porque me hacen relación que ha estado más de cuarenta años con todos los cabellos de la cabeza y barba como tenía el día en que murió.

Dejemos a los eruditos y a los científicos sus dictámenes sobre el caso. A mí me emocionó contemplarla, pues en ella se condensan las páginas de una esclarecida memoria. Con los dos Montserrat —el de Rodas y el de Malta—, converge toda una historia viva de vigente heroísmo. Alzados aún sus estandartes por la fe de Cristo que confesaron y por la que lucharon, me viene a la memoria la frase del poeta: “paradojas de la guerra; miseria de la que nacen futuras excelsitudes”...